

El sermón en el mar

La última tarde del año fue triste y nublada
y en derredor de la nao saltaban peces grandes
como caballos, dando grandes bufidos.
Los bufones: presagiadores de tempestad.

Pero el primer día del año 1545
amaneció con el cielo sereno y el mar azul
y el viento próspero. Manadas de toninas
rodeaban la nao. En el camarón de proa
los frailes llevaban un altar con un Nacimiento
y el Niño Dios envuelto en heno. Y después de la misa
Fray Bartolomé dijo el sermón.
A lo lejos se veían tierras azules.
PADRES Y HERMANOS MÍOS: Miramos ya
las cumbres de los montes
de la tierra que vamos a pisar.

Es Yucatán.

Tenía infinitas gentes, porque es tierra abundante,
llena de frutas. La tierra no tiene oro
pero tiene miel y cera más que ninguna otra de las Indias.
Tiene trecientas leguas en torno. Se gobernaba
con el mejor sistema político de las Indias
y no tenía vicios ni pecados
y se pudieran hacer grandes ciudades de españoles
y vivir allí como en un paraíso terrenal.
Pero llegó un Gobernador a este Reino
y mató a los que estaban en sus casas sin ofender a nadie.
Y como no tenían oro, sacó el oro de sus cuerpos.
Y regresaban cargados de gente vendida,
comprada con vino y aceite y vinagre,
cambiados por tocinos, cambiados por caballos.
La doncella más bella, una arroba de vino.
Un tocino. El hijo de un príncipe
(o que parecía un hijo de un príncipe)
comprado por un queso. Cien personas por un caballo.

Mientras hablaba estaba la nao en calma
y el viento no movía ni una ola ni una vela.
Después que cantaron vísperas y completas
comenzó a soplar un aire muy manso
y la nao poco a poco fue acercándose a tierra.

Iban con la sonda en la mano sondeando el puerto,
y al oscurecer encendieron fuego en la gavia
y les respondieron de tierra. Avanzaron
hasta tres brazas de fondo, y echaron el ancla
y esperaron que amaneciera.

Ernesto Cardenal